

CONFERENCIAS SOBRE ENSEÑANZA

EL MAESTRO Y SUS AUXILIARES

Introducción.—Es un hecho importante en la historia de la educación en Inglaterra, el que la Universidad de Cambridge haya instituído un curso de conferencias sobre el Arte y el Método de Enseñar. Con esto se ha reconocido la alta importancia de un principio que si hasta ahora casi no había sido admitido con relación á la enseñanza superior, sí había alcanzado benéfica aplicación en las escuelas elementales. Dicho principio consiste en establecer en la profesión del maestro la misma diferencia que se observa en todos los otros oficios humanos entre el que los ejecuta con habilidad y el que es completamente imperito en ellos, diferencia debida en gran parte al mayor ó menor conocimiento que se tenga de las mejores reglas y métodos que han de usarse, y de los principios en que tienen su fundamento y justificación esas reglas. Es fácil decir de un maestro de escuela "*nascitur, non fit,*" y dar esto como razón para considerar superflua toda enseñanza y estudio de los métodos; pero no razonamos así con respecto á otra profesión, aunque sea de aquellas en que la aptitud natural es lo que más influye, y en que el mecánico se distingue del

artista inspirado. Si en la pintura, por ejemplo, damos con un genio, hay que enseñarle el dibujo; y cualesquiera que sean sus dotes naturales, debe conocer lo bueno que hicieron sus predecesores en el arte; estudiar sus defectos y sus cualidades y ver por qué algunos hicieron grandes cosas y otros las hicieron pésimas. El método profesional de la enseñanza del arte, del derecho ó de la medicina, no consiste en prescindir de las distinciones naturales que son el resultado de dotes especiales, sino más bien en hacerlas sobresalir, y en darles completo desarrollo. Y si se probase, como puede hacerse fácilmente, que algún conocimiento de la teoría, de la historia y de las reglas de la enseñanza puede hacer de un maestro mediano uno bueno, y de uno bueno un consumado artista, y aun de aquellos que han sido menos favorecidos por la naturaleza con tan importantes auxiliares, quedaría reconocida sin duda alguna la importancia del curso en que vamos á entrar.

La enseñanza debe no aprenderse sólo prácticamente.—Parece casi innecesario replicar á los que sostienen que el arte de enseñar debe ser aprendido prácticamente, que sólo es asunto de experiencia, que un hombre se hace maestro como se hace nadador, no hablando sobre el oficio, sino yendo al agua y aprendiendo á mantener la cabeza sobre la superficie. Es cierto que la experiencia es una buena escuela; pero hay que pagarla á subido precio y el curso es largo y tedioso, y en la economía de la vida es importante saber aprovecharse de la experiencia acumulada por los demás. Conocemos pocas cosas más patéticas que oír á ciertos maestros en las conferencias anuales, cuando aun aquellos que han logrado figurar en primera línea, se levantan para decir: “Tenemos larga experiencia; hemos aprendido mucho, pero á expensas de nuestros discípulos, y una gran parte de los conocimientos

que hemos adquirido paulatinamente podríamos haberla conseguido fuera de la escuela, y nos hubiéramos ahorrado muchos errores.” La verdad con respecto á la tarea del maestro, es aquella establecida por Bacon y aplicada á la obra de la vida. “Los estudios perfeccionan la naturaleza y son perfeccionados por la experiencia; porque las aptitudes naturales son como plantas naturales que necesitan la poda del estudio; y los estudios mismos conducen por sendas demasiado diferentes si no son sabiamente dirigidos por la experiencia.” Parece que en tales palabras se ha sabido estimar la relación que hay entre la aptitud natural, el estudio de los principios y de los métodos y las lecciones de la experiencia. Cada una de estas cosas es indispensable; no podréis hacer nada sin las tres; no quedaréis justificados con exaltar la una á expensas de las otras; en la síntesis de estos tres elementos de calificación, es donde debemos esperar que hallaremos el verdadero maestro de escuela, el maestro del porvenir. Y es evidente que de estos tres elementos sólo al segundo puede atender la universidad. Ella no puede pretender dar la fuerza viva, la perspicacia para sondear la naturaleza del niño, para distinguir al que ha nacido para maestro, al hombre de genio, del pedagogo común.

Qué debe hacer la universidad para el adelanto de este ramo.—La universidad sabe que por medio de conferencias pedagógicas no se suministra al maestro lo más importante de lo que él necesita, y que cuando trata de conceder diploma profesional al maestro de escuela, escapan á su análisis algunas de las cualidades más importantes del oficio, como el celo, la fidelidad, la propia consagración y la aptitud personal, y desafiarán su poder para ponerlas á prueba. Ella sabe á qué atenerse con respecto á los límites inevitables entre los cuales

trabaja, no sólo por lo que se refiere á ésta sino á todas las otras profesiones que requieren enseñanza. Le basta decir que intentará comunicar tan sólo lo que es comunicable, y ensayar lo que por naturaleza puede ser ensayado. La universidad no puede vigilar debidamente la práctica profesional de sus alumnos, ni seguirlos en las clases, en los laboratorios ó en el hogar, para ver cómo ejecutan su trabajo ó aprovechan las lecciones que la experiencia les ha enseñado; pero puede llamar la atención sobre los principios de la enseñanza; recordar, para guía é informe de los futuros maestros, los detalles de los mejores trabajos que se han hecho en otro tiempo; acumular reglas y leyes relativas al arte didáctico; prevenir contra los errores; examinar las razones que han mediado para que muchas labores escolares hayan sido inútiles; presentar anualmente un modelo mejor de excelencia profesional, é indicar el camino que debe seguirse para llegar á ella.

El arte de la enseñanza es lo que concierne á la universidad.—¿Habremos de atribuir esta nueva ambición á otra cosa que al espíritu inquieto de la moderna vida académica; á que no se esté satisfecho con el antiguo y modesto deber de fomentar la ciencia, el apego al trabajo y el espíritu de investigación? Creo que no.

Enseñar y proveer de maestros al mundo es la función más elevada de una universidad. El mismo título de doctor que señala la más alta distinción académica en cada una de las facultades de Jurisprudencia, de Teología y de Medicina implica la aptitud y facultad de enseñar lo aprendido. Y si la experiencia de estos últimos tiempos nos ha traído la convicción de que el arte de comunicar conocimientos, de hacerlo agradable al escolar, es un arte que tiene sus leyes propias y su filosofía especial, seguramente que dando maestros es como

una gran universidad, madre generosa cuya misión especial es la de atender del mejor modo posible á la cultura humana, y la de designar su verdadero lugar y señalar su relación á las artes y á las ciencias, hallaría puesto honroso para la ciencia del maestro; ciencia que se une estrechamente á todas las otras que ella enseña, la ciencia misma de la enseñanza. No es bueno que esta, ni ninguna otra ciencia, sea proseguida principalmente *per se*, en institutos separados, ó en colegios profesionales, donde el horizonte está naturalmente limitado, y donde se aprende cada cosa con mira especial puesta en las necesidades futuras de la escuela, ó de las clases. Á las universidades es á las que se ha conferido en su más alto grado el poder de coordinar las varias formas de preparación para los quehaceres de la vida; de vigilar para que el estudio y la práctica alternen en debida proporción, así como también el arte y la ciencia y los esfuerzos intelectuales que forman al hombre de igual modo que luégo forman al abogado ó al teólogo. En las universidades es donde el público tiene fija la vista, y de ellas espera que influyan para que las profesiones más nobles no degeneren en meros oficios. Y si el maestro de escuela ha de ser algo más que un pedante; si ha de conocer las reglas y fórmulas de su arte y al mismo tiempo estimarlas en su propio valor, de la universidad debe esperar dirección; y á ella es á la que debe pedir en tiempo oportuno el testimonio de sus aptitudes como maestro, por ser la autoridad que puede atestiguar que no es solamente maestro, sino algo más.

La independencia de acción no sufre por el estudio del método.—Aun á riesgo de detenerme un poco más en preliminares, deseo aludir brevemente á otra objeción que se presenta á menudo al espíritu de personas pensadoras y que sin duda sirve de tema para reflexiones

á algunos maestros ; objeción que se opone al nuevo experimento en que nos interesamos todos. La enseñanza es un arte, que requiere vigor especial de la mente. Las vías de acceso á la inteligencia y á la conciencia de los estudiantes difieren entre sí. Circunstancias y condiciones intelectuales diversas requieren proceder diferentes. La variedad y el cambio son la esencia misma de una enseñanza provechosa. Si al querer reducir á fórmulas la ciencia del método se favorece la creencia de que una manera de enseñar es siempre buena y todas las demás erróneas, se destruye la posibilidad de que se descubran ó inventen nuevos procedimientos, á más de contribuir grandemente á que la enseñanza sea siempre igual y permanezca tan falta de vida como antes. Y aun si se admite que la aparición de un conjunto perfecto de reglas para la práctica sea de desearse y pueda alcanzarse, no estamos todavía en estado de presentarlas, y toda tentativa para fijar principios de educación ó reclamar para ellas un carácter científico ó de autoridad, es por ahora prematura y puede dar, por consiguiente, malos resultados. Este es un argumento que podría considerarse especialmente serio, si las observaciones y experiencia diarias no lo refutasen prácticamente. He tenido la ocasión de visitar escuelas de muy diferentes categorías, desde la más alta hasta la más humilde, y lo que más me ha llamado la atención es que aquellas que están dirigidas por personas sin la debida preparación, y que no han estudiado la teoría del arte, se parecen todas entre sí. Nada es más monótono que la ignorancia. Entre los que no han efectuado su preparación profesional, es donde se observan los mismos malos métodos tradicionales, la misma costumbre de dejar que aprendan los alumnos en lugar de enseñarles ; el mismo espectáculo de un maestro sentado delante de su

mesa en un extremo del local, y llamando á dos ó tres á un tiempo para que vayan á repetir su lección, mientras los demás, aparentemente ocupados en prepararse, siguen haciendo lo que les dicta su inclinación. Apelemos, sobre este punto, á los resultados obtenidos en otras profesiones. No se verá nunca que una buena preparación profesional en medicina ó en derecho sea productora de uniformidad dañosa ni en las opiniones ni en la práctica. ¿No es cierto, por el contrario, que los métodos más originales y las especulaciones más fructuosas nos vienen precisamente de los hombres que mejor han estudiado la filosofía de su especialidad científica y que conocen mejor lo que han pensado y hecho otros dedicados al mismo ramo? De igual modo, en la enseñanza, los métodos más útiles é ingeniosos provienen de aquellos hombres y mujeres que más han leído y pensado acerca de la crítica de su arte.

La independencia del pensamiento tiene más importancia que cualesquiera reglas.—Conviene observar que si el éxito corona nuestros esfuerzos al fijar principios de acción y hacer algunas de las deducciones prácticas más sencillas de estos principios, lo habremos alcanzado en tanto mayor grado cuanto mejor comprenda el estudiante que el enseñar bien no es cosa fácil ; que los que comprenden la tarea de dirigir la inteligencia y formar el carácter de los niños, han de entenderse con los más complejos y maravillosos fenómenos del mundo ; que la filosofía del arte del maestro está todavía en su infancia ; que los mejores resultados que nos es dado alcanzar por ahora nos han de servir provisionalmente hasta que sean absorbidos ó reemplazados por algo mejor ; y que es un deber de todo el que entra en la carrera, el aumentar la dignidad del cargo, el de mirar cada uno de los problemas que se le presentan, por cuantos

lados sea posible y de tratar, por sus propios experimentos independientes, de hacer la senda del deber más fácil, más segura, y más grata para sus sucesores.

La enseñanza es arte y ciencia.—Á menudo se pregunta si la enseñanza es arte ó ciencia; y por ahora las contestaciones dadas no son uniformes. Pero, en realidad, no es posible responder en pocas palabras. El objeto de la ciencia es la investigación de principios, de la verdad considerada como fin, no como medio que conduce á un fin. Mas es evidente que esta manera de ver no nos ha de llevar lejos. Nos puede servir para analizar procederes mentales y leyes de desarrollo humano, pero nos puede dejar incapacitados para resolver problemas positivos en el arte de dirigir una escuela y de acometer trabajos profesionales. El objeto del arte es simplemente la obtención de un resultado propuesto, por los medios más eficaces. Esto nos permite hablar de la educación como de un arte; pues presenta un complicado problema práctico que resolver. Pero esta apreciación sola sería inadecuada, pues en realidad la enseñanza es á un mismo tiempo arte y ciencia. Tiene por objeto la construcción de un edificio y es, por consiguiente, un arte. Trata de hallar una base racional para las reglas de que hace uso, y es, por consiguiente, una ciencia. En el fondo de todos nuestros desaciertos y de todos nuestros triunfos se encuentran ciertas verdades filosóficas—ya de moral, ya de fisiología ó de psicología—que hemos descuidado ó atendido, y que debemos conocer enteramente si queremos ser profesores consumados. Cuanto más se saquen á la luz esas verdades fundamentales, tanto mejor será; y es objeto de satisfacción el saber que la universidad ha dictado eficaces disposiciones para que se considere la filosofía como la historia de la enseñanza. Nuestra tarea, en estas pági-

nas, es más modesta. Hemos de reunir algunas de las lecciones más sencillas de la experiencia y aplicarlas á las necesidades actuales de la clase y de la escuela. Pero si mientras consideramos la educación como arte perdemos de vista que es ciencia también, correremos el riesgo de hacernos empíricos y de tratar nuestra obra como si fuera un conjunto de artificios ingeniosos para alcanzar cierto fin que nos proponemos. Un peligro no menos cierto correrían aquellos que, en su celo al reclamar para la educación sus derechos al título y carácter de ciencia, la sumergieran en una série de consideraciones acerca del valor relativo de diferentes formas de conocimientos humanos, ó hicieran de ella un simple examen de la constitución del espíritu humano. Los que nos excitan á mirar la educación como ciencia, han de recordar que es una ciencia aplicada, cuyos principios se deducen, en gran parte, de la experiencia y de la observación, y requieren ser constantemente reducidos á la práctica y puestos á prueba para determinar acerca de su utilidad. Y nosotros, por otra parte, que vamos en busca de algunas reglas y consejos que nos puedan servir de guía en la práctica, y economizar nuestros recursos, no debemos olvidar que tales reglas y consejos son inaceptables sino en cuanto se funden en una filosofía verdadera y hallen justificación en la razón y en la constitución de la naturaleza humana.

Requisitos del maestro consumado.—En todos los deberes de la vida, se ha de considerar la correlación que debe existir entre la cosa por hacer y el que ha de hacerla; pues las cualidades del agente determinan en alto grado lo que serán el carácter y los resultados de la obra. En todo trabajo mecánico, que exige acción sobre la materia solamente, la fuerza física y la habilidad manual del artesano son las fuerzas determinantes; los

motivos y las cualidades morales tienen poco que ver con el resultado. Pero el maestro de escuela, como el sacerdote ó el hombre de estado, ha de obrar sobre el espíritu y la conducta; y resulta que, á la larga, nada influye sobre la conducta como la conducta misma. Enseña el maestro, no sólo por lo que dice y hace, sino en gran parte también por lo que es. De ahí resulta que existe una estrecha correlación, y en este ramo de la actividad humana más que en otros, entre la calidad de la obra y los atributos del que la ejecuta. No se los puede separar, y como en la enseñanza el agente ó gobernante está en contacto más inmediato con el gobernado que en cualquier otra profesión, resulta que es, en este caso especialmente, necesario averiguar no sólo la índole de la obra por emprender, sino las condiciones que han de satisfacer las personas que se encarguen de ella. Podemos, pues, emplear útilmente el tiempo al considerar más bien al artista que su arte—los requisitos que el maestro ideal debe poseer.

Conocimiento extenso y exacto de lo que se ha de enseñar.—Parece inútil decir que el maestro deba ante todo poseer un conocimiento completo y exacto de lo que trata de enseñar. Pero no hay certeza de que se reconozca siempre todo el significado de esta máxima tan obvia. Algunos de entre nosotros suelen figurarse que con llevar alguna ventaja á sus discípulos ya les basta para salir airosos de la empresa. Pero la verdad es que ninguno puede enseñar ni siquiera la mitad de lo que sabe. Resulta una gran proporción de pérdida en el acto mismo de transmisión, y no se puede nunca, ni con mucho, hacer pasar á otra inteligencia todo lo que se sabe ó se siente acerca de una materia cualquiera. Antes de poder comunicar tal ó cual conocimiento, es menester, no sólo haberlo adquirido, sino

haber ido más allá para considerarlo en sus verdaderas relaciones con otros hechos ó verdades; hay que saber dónde tuvo su origen y hacia qué otros hechos ó verdades se intenta que conduzca. Un individuo no puede enseñar bien una regla de aritmética, la de dividir, por ejemplo, sin poseer por completo muchas reglas superiores, y hasta algún conocimiento del álgebra. La propia experiencia lo hará comprender. Se oye una relación ó la explicación de un hecho nuevo, y todo parece perfectamente claro, admitiéndolo con satisfacción y sin la menor sospecha de que falte nada. Pero si se prueba á repetir la relación ó la explicación, en seguida se halla que hay puntos débiles en la memoria, que algo que no parecía necesario mientras se estaba oyendo hace falta para poder transmitirla, y que este algo alcanza más allá de la verdad ó del incidente en cuestión. O se está dando una lección sobre un asunto imperfectamente conocido, ó que se ha preparado especialmente en el momento, y se da con conciencia de que si se pidiesen ciertas explicaciones suplementarias no podrían darse. ¿No es cierto que ese sentimiento interior empieza á manifestarse; que se titubea y se habla con menos precisión, y que el alumno, fijándose para discernir si el maestro se explica con verdadero conocimiento de causa ó no, descubre la verdad en seguida? De esto se deduce que si cierta suma de exactitud ó cierta fuerza de convicción son necesarias al estudiante, mucho mayor exactitud y convicción más fuerte son indispensables al maestro; si se desea enseñar bien la mitad de un asunto, apréndase primero el todo ó poco menos, resérvese el maestro una buena provisión de pensamientos é imágenes para poder satisfacer á las preguntas inesperadas y resolver las dificultades que se puedan presentar en el curso de la lección, y examine bien, antes de empezar,

no solamente lo que va á enseñar, sino también cuanto pueda de lo que más se relacione con ello.

Preparación.—De lo ya expuesto, resulta la necesidad de que el maestro considere bien cuáles son sus recursos antes de empezar á dar una lección, aunque no parezca nada dificultosa. Antes de hacer una cosa tan sencilla como el oír leer á una clase, debe repasarse la página para ver cuáles son las palabras que deben llamar la atención porque necesiten de explicaciones ó comentarios. Si se va á enunciar una regla de aritmética siquiera, ó á explicar el uso del ablativo, es prudente escoger de antemano y repetir mentalmente los ejemplos que han de servir de modelo; cerciorarse de que todos sus elementos sean adecuados al caso y presenten todo lo que sea de mayor utilidad para demostrar la verdad que ha de explicarse. Por sencillo que sea el tema de una lección, el provecho no será tan grande si no hay preparación, como no se haya hecho alguna reflexión ó meditación previa. Y en toda lección que exija apartarse de la rutina ordinaria, la preparación esmerada y los apuntes son indispensables; sólo por medio de tal preparación se logra determinar cuánto se puede acometer con probabilidad de éxito en el tiempo prescrito; en qué orden se deban repasar las diferentes partes; cómo hayan de unirse; qué puntos deba comprender la recapitulación, y cómo se logrará dar unidad y efecto á la impresión general que se quiera producir.

El maestro ha de estar siempre aprendiendo.—Además, un maestro de veras no supone nunca que su educación sea completa, sino que sigue siempre tratando de adquirir nuevos conocimientos. Desde el momento que un maestro deja de estudiar con sistema, deja de ser maestro eficaz; no siente con los alumnos, y pierde de vista el modo como la verdad nueva entra en el espíritu;

se hace incapaz de comprender las dificultades que experimentan los que están recibiendo instrucción por primera vez. Adquiriendo ideas y observando el procedimiento para su adquisición es como se puede ayudar á otros á adquirirlas. No queremos decir con esto que lo adquirido de este modo haya de ser meramente mayor acopio de lo que se puede titular conocimientos de escuela, ó de lo que tiene efecto sensible y visible en el trabajo escolar. Es cierto que no podemos nunca alcanzar todo lo que se debe saber aun acerca de las materias que enseñamos en las escuelas. Las matemáticas, la historia, la filología están constantemente expuestas á nuevo desarrollo, van introduciéndose en nuevas regiones y haciéndose capaces de nuevas é inesperadas aplicaciones á las necesidades y á la práctica de la vida. En ninguna época de la carrera de un maestro debe contentarse con decir acerca de estos asuntos puramente escolásticos: "Ya sé todo lo que es necesario saber para mi propósito; poseo abundante acopio de hechos y ejemplos y sólo tengo que aprovecharme de él." Y, sin embargo, el preguntarse qué tiene que ver tal ó tal otro estudio con la ocupación fundamental de su vida, en qué medida puede tal género de lectura influir en su labor profesional en la escuela, aunque se le ocurra naturalmente á un hombre de conciencia, tiene algo de estrecho y poco noble. El hombre es más que el maestro. Las necesidades humanas requieren satisfacción, aun más que las profesionales.

No bastan los conocimientos escolásticos.—Nuestro trabajo forma, sin duda, el centro del mundo; pero la vida necesita una circunferencia á la par que un centro; y esa circunferencia se compone de gustos y simpatías que son extra-profesionales. Y con respecto á los gustos y lectura en los ratos de ocio, diré que cuando el maes-

tro haya cumplido estrictamente con su deber profesional podrá seguir sus propias inclinaciones; cultívese la parte intelectual de que se crea poder alcanzar resultados más fructuosos, y no se imagine que nuestra profesión exige un frío é imparcial interés por toda verdad en grado igual, ó que lo que para los demás es una distracción y un deleite no ha de ser para nosotros sino otra tanta mercancía más en almacén. Si cuando voy á una escuela y pregunto al maestro cuál es el carácter distintivo de su enseñanza, ó en qué materia se interesan más los alumnos, me contesta: "Nuestra marcha no tiene carácter particular; tributamos la misma atención á todo género de temas," ya sé que trabaja sin convicción. Pues, además y por encima de los temas usuales y necesarios, toda buena escuela debe reflejar, de algún modo, los gustos especiales del director. Las exigencias naturales de nuestra profesión y las del público deben ser satisfechas ante todo. Pero después, tal inteligencia será atraída por las ciencias exactas; tal otra, por la poesía y el cultivo de la imaginación, ó será llevada hacia la observación de los fenómenos de la naturaleza, hacia la ciencia histórica y el conocimiento del hombre. Ningún estudio al cual se dedique el maestro concienzudamente y con afición puede dejar de influir sobre su especial ocupación. Todo lo que aprenda, aun en materias de este género, contribuirá al buen éxito de sus lecciones, ofrecerá temas para digresiones felices ó sugerirá nuevos ejemplos. "*Tout est dans tout*," dice Jacotot; con lo que supongo da á entender, que todos los conocimientos verdaderos están muy relacionados entre sí y que cualquier punto rectamente alcanzado esparce luz sobre muchos otros y facilita la adquisición de todos los demás. Lo que más se teme en los alumnos, tévalo también en sí mismo el maestro;

quiero decir la falta de adelanto, la rutina, el letargo del ánimo, la indiferencia por el saber. Si el alma pierde la facultad receptiva y deja de acojer con alegría la verdad nueva, seguramente se habrá perdido el poder de estimular la actividad mental en otros, ó de instruirles con provecho.

Roger Ascham en su "Scholemaster," el libro más antiguo sobre educación en Inglaterra, nos presenta su estudiante y su maestro ideales en las personas de *Philoponos*, hombre que se deleita en el trabajo, y de *Zetikos*, alina siempre deseosa de resolver una duda cualquiera, que no se avergüenza de aprender del más humilde, ni teme acercarse al más elevado, hasta haber aprendido con perfección y sentirse satisfecho. Y estas cualidades son hoy en día tan indispensables como siempre. El amor al trabajo por sí mismo debe animar al maestro perfecto en su enseñanza. La profesión es, sin duda alguna, laboriosa; pero, como se ha dicho con tanto acierto: "No es el trabajo sino el desagrado lo que daña al hombre." Lo malo es el trabajo mal dirigido, el trabajo que disgusta, el trabajo que tenemos conciencia de hacer mal; no el trabajo en sí mismo, cuando todo está bien dispuesto y sale bien. Es entonces, al contrario, un verdadero deleite el dar muestra de poder intelectual ó físico y el sentir que las dificultades van quedando vencidas.

Disposición.—Por más que se sepa, siempre es útil repetirlo: á la par que la enseñanza es una de las profesiones que más ponen á prueba la paciencia, exige que se mantenga uno en disposición de ánimo alegre y feliz. Algunos de entre nosotros tienen conciencia de que suelen sentir predisposición á hablar precipitadamente y sin reparo, á ser petulantes y dejarse llevar por arranques de injusticia. Una tendencia semejante puede ser

gran desgracia para el maestro, y traer consecuencias que tenga que sentir toda su vida. He tratado á algunos que, habiendo escogido la carrera de maestro, y conociendo al mismo tiempo su flaqueza en esto, han tenido tanto cuidado y han ejercido tal vigilancia sobre sí mismos, que su profesión se ha transformado para ellos en escuela de disciplina moral, y ha sido medio para suavizar y ennoblecer caracteres que por naturaleza eran muy prontos ó muy agrios. Pero sea como fuere, como no estemos dispuestos á tomarnos alguna molestia con nosotros mismos y á perfeccionarnos en cuanto á paciencia y tolerancia, no hay puesto para nosotros en la carrera de maestro de escuela. Necesitamos paciencia, porque los mejores resultados en la enseñanza se producen lentamente; hemos menester del dominio sobre nosotros mismos, porque si nos dejamos llevar de impulsos, ó somos variables y no obedecemos á nuestras propias reglas, no podemos esperar que nuestros alumnos obedezcan á ellas. El mal humor crónico ó la aspereza de carácter hacen desgraciado á su poseedor en cualquiera posición; pero son una fuente perpetua de malestar y de sufrimiento en una escuela. “Ese muchacho, dice el Dr. Johnson hablando de un chico de aspecto desagradable é infeliz, parece hijo de un maestro de escuela, que por cierto es uno de los estados más tristes de la niñez. El niño que se halla en tal caso no tiene padre, ó está peor que si no lo tuviera; no puede pensar nunca en él sin traer á su memoria algún recuerdo de pena impuesta ó de amargura sentida.” La carrera escolástica del pobre Johnson que, ya sea como estudiante, ya como maestro, no fué nunca de lo más agradable, le llevaba, sin duda, á una apreciación exagerada de los padecimientos inherentes á la dirección de una escuela, tal como la había visto. Pero no exageraba el efecto

dañoso del régimen de la fuerza bruta en general, ni el que produce en el ánimo de un niño el trato de un pedagogo duro y de mal carácter. La injusticia da origen á la injusticia. Cada acto engendrado por la petulancia ó la mala disposición del espíritu, tiene algún efecto en dañar el carácter de los alumnos y se refleja en su propia conducta hácia los de menor edad ó inferiores. Dice bien el Dr. Channing cuando afirma que “un niño obligado, durante seis horas al día, á ver la cara ú oír la voz de un hombre colérico, inhumano, duro ó arrebatado, está en una escuela del vicio.”

Buen humor.—La necesidad de que el maestro conserve siempre el buen humor, se hace mas aparente si consideramos el carácter infantil. En algunas profesiones cierta gravedad artificial en el porte no está fuera de lugar. El sacerdote ó el médico tienen que ejercer sus funciones á la cabecera del enfermo y aun del moribundo; entonces la seriedad es de rigor, y lo contrario se tendría por inconveniente. Pero el trato del maestro es con los jóvenes, los fuertes y los felices, y comete un gran error si cree que la dignidad de su cargo requiere un ademán severo y adusto. Un buen acopio de alegría le pone en seguida en comunicación simpática con sus alumnos, porque les muestra que la seriedad de miras no ha de significar pesadez y que la posesión de conocimientos no es incompatible con los goces de la vida. No debemos olvidar que á los ojos del niño de poca edad, el maestro es un pozo de erudición, el representante y la personificación de ese saber que se le impele á adquirir. Y si ve que la adquisición del saber ha entristecido la vida del maestro en lugar de producirle satisfacción y alegría, claro es que aunque no formule sus sentimientos por medio de una proposición, no dejará por eso de sacar la consecuencia de que el saber no es cosa tan her-

mosa y placentera como se le dice. Es cosa bien conocida que los hombres y mujeres que logran ejercer más influjo en la sala de clases son los que saben participar de los placeres de sus alumnos en las horas de recreo; aquellos que á lo menos pueden ver jugar á los niños sin manifestar disgusto y hasta interesándose en ello; los que reconocen que el juego es conveniente y necesario, y hasta pueden jugar ellos mismos de buena voluntad cada vez que se ofrece la ocasión. Muchas de las particularidades de la vida de maestro tienden á promover costumbres sedentarias, y también se observa que algunas personas se dejan seducir por la enseñanza porque no se sienten fuertes y tienen inclinación al estudio. Pero no se debería olvidar nunca que la actividad corporal es un importante requisito para el maestro, y que debe ser estimulada en cuanto sea posible. Justa idea de su cargo tenía el eminente maestro que dijo: "Cuando llegue el día en que no pueda subir la escalera saltando de tres en tres los escalones, consideraré que ha llegado la hora de retirarme."

Rápida percepción del oído y de la vista.—Entre otros requisitos físicos necesarios para un maestro, no hay que olvidar la gran rapidez de percepción del oído y de la vista. Esto es indispensable. Al presentarse al frente de una clase, grande ó pequeña, es esencial que el profesor se sitúe donde pueda ver á cada individuo de ella, y percibir todo acto ó movimiento. Cuanto más estudio la cuestión más convencido estoy de la importancia de este punto. Á menudo veo maestros que se colocan de tal suerte que no les es posible ver á todos los alumnos; ó que fijando la vista, ya en el libro, ya en algún punto de la clase, no pueden reprimir la indiferencia ó falta de atención, por no notarlas, ó por no darse cuenta de ellas inmediatamente. No hay que

pensar en disciplina intelectual en semejante clase. Es, pues, importante el acostumbrarse á mirar rápidamente, ó á fijar la vista instantáneamente en cualquier niño cuya atención esté distraída, ó que se muestre desobediente, y remediar el mal cuanto antes. La necesidad de aplicar el remedio también disminuirá á medida que la propia vigilancia aumente. Sepan los alumnos que cualquier falta, cualquier mirada desatenta, cualquier letra formada sin cuidado en su cuaderno, serán inmediatamente descubiertos por el maestro, y pronto darán poco que hacer. Pero siempre que adviertan en el profesor la vista cansada y un ademán indolente, esperarán que no se descubran las faltas, y se aprovecharán de ello con el cálculo de probabilidades. Significa esto, en efecto, que existen dos probabilidades contra una en favor del no descubrimiento de un error cualquiera; y resulta que los actos de insubordinación se multiplicarán en mayor proporción todavía. El oído del maestro debe también percibir los más mínimos ruidos discordantes ó prohibidos. Ha de poder distinguir entre el rumor natural del trabajo y el ruido que le sirve de obstáculo ó no es compatible con él. Por más evidente que esto aparezca, muchos maestros y maestras de escuela pierden un tiempo precioso y añaden grandes dificultades al desempeño de su deber, por descuidarlo. La rápida percepción del oído y de la vista es don natural y particular que pocos poseen; pero se puede adquirir con algún esfuerzo, aun por los que no han sido dotados por la naturaleza, si se convencen de que vale la pena y se toman alguna molestia con este objeto. Añadiré que si un maestro sabe bastante de dibujo para poder improvisar diseños ilustrativos en presencia de los discípulos, esto le ayudará grandemente.

La voz.—Entre los atributos físicos requeridos en